

cierto modo falta algo á la gloria humana de los Santos á quienes no ciñe la auréola de esa tierna popularidad, y que junto con los homenajes de la Iglesia no recibieron ese dulce tributo de humilde amor y confianza íntima que paga, só la cabaña al rincón del fuego durante las veladas, la boca y el corazón de los simples y los pobres. Isabel, á quien dotara el cielo de sencillez tan cumplida, y que en medio de los esplendores de su rango prefirió siempre á toda otra compañía la de los pobres y desdichados que desprecia el mundo; Isabel, la amiga, la madre, la esclava de los pobres, no podía ser olvidada por éstos: recuerdo dulce con el cual se explican algunos de los mas encantadores relatos que habré de repetir en mi historia.

No siendo este el lugar propio de profundizar la cuestion sobre la fe que se debe á los milagros contenidos en las vidas de los Santos, bástame haber enunciado mi punto de vista personal; pero aun en caso contrario no me fuera posible dispensarme, al escribir la vida de Isabel, de exponer todo cuanto acerca de ella han creído los Católicos, ni de tomar en cuenta la gloria é influencia que para con los fieles le han va-

lido sus milagros. En todo estudio de la edad media el historiador no puede prescindir de apreciar la extraordinaria fuerza que la fe implícita del pueblo, la adhesión unánime de la opinión pública comunicadas á todas las tradiciones populares inspiradas por la Religión; de tal modo que, aun dejando á un lado su valor teológico, se necesita ser ciego para no ver el papel que en todo tiempo han desempeñado en la poesía y la historia.

En cuanto á la poesía, difícil seria negar la inagotable mina que encierran; lo cual será mas claro cada dia conforme vayamos volviendo hácia las fuentes de la verdadera belleza. Aun en el caso de llegar al extremo de no mirar la leyenda sino como la *mitología cristiana*, segun la desdeñosa y altanera expresion de los grandes filósofos de nuestros dias, todavía así fuera para nosotros un manantial de poesía mucho mas pura, original y abundante que la vetusta mitología del Olimpo. Mas ¿cómo es posible admirarse de que por mucho tiempo se le haya negado absolutamente el derecho á una influencia poética? Las generaciones idólatras que habian concentrado todo su entusiasmo en los monumentos

é inspiraciones del Paganismo, y las generaciones impías que han decorado con el nombre de poesía á las musas asquerosas del último siglo, no podian en verdad dar el mismo nombre á este delicado fruto de la fe católica; el único homenaje que podian tributarle, era el del insulto y la burla; y así lo hicieron efectivamente.

Bajo el punto de vista puramente histórico las tradiciones populares, y en especial las que se enlazan con la Religion, si carecen de certidumbre matemática y del carácter de lo que llamamos hechos positivos, tuvieron á lo menos todo el poder é influencia de tales, ejerciendo ambas cosas sobre las pasiones y costumbres de los pueblos de una manera mas grande y decisiva que los otros hechos admitidos por la razon como mas incontestables. Y con este título merecen á fe la atencion y el respeto de todo historiador sério y sólidamente crítico.

Y lo mismo debe ser para cuantos se interesen en la supremacia del espiritualismo en la marcha de la familia humana, y colocan el culto de la belleza moral sobre la dominacion exclusiva de los intereses é inclinaciones materiales; pues conviene no perder de vista que en el fondo de las

creencias, aun las mas pueriles, y de las supersticiones mas ridículas que por cierto tiempo han podido reinar entre los pueblos cristianos, siempre se ve el reconocimiento formal de una fuerza sobrenatural, y una generosa protesta en favor de la dignidad del hombre caído, pero no sin remedio. Por todas partes y siempre graban estas cosas en las convicciones del pueblo la idea de la victoria del espíritu sobre la materia, de lo invisible sobre lo visible, de la gloria inocente del hombre sobre su desgracia, de la pureza primitiva de la naturaleza sobre su corrupcion. La mas insignificante leyenda católica ha ganado para estas inmortales verdades muchos mas corazones, que entre todas las disertaciones de los filósofos. Siempre el sentimiento de esa gloriosa simpatía entre el Criador y la criatura, entre el cielo y la tierra, es lo que se abre paso y aparece al través de los siglos; pero con la diferencia de que la antigüedad pagana no hizo mas que balbucearla cuando dió y atribuyó á sus dioses todos los vicios de la humanidad, mientras que las edades cristianas la han proclamado, levantando hasta los cielos á la humanidad y el mundo, regenerados por la fe.

En los siglos de que estoy hablando, estas apologías hubieran sido una cosa enteramente fuera del caso. Nadie en la sociedad cristiana dudaba entonces ni de la verdad, ni de la inefable dulzura de estas tradiciones piadosas. Vivian los hombres en una especie de tierna é íntima familiaridad con aquellos de sus antepasados que manifestamente habia Dios llamado á sí, y la Iglesia aclamado como Santos. Esta Iglesia, que los habia colocado sobre los altares, no podia á la verdad ofenderse de que sus hijos vinieran en tropel y en alas de su infatigable ternura á depositar todas las flores de su alma y de su imaginacion á los piés de aquellos testigos de la verdad eterna, ornados ya con la palma de la victoria, y á quienes los hijos de la Iglesia militante no cesaban de felicitar por su triunfo, aprendiendo con su ejemplo la ciencia de vencer al mundo. De esta suerte se formaban lazos de afeccion inefable y saludables protectores entre los Santos de la Iglesia triunfante y los humildes combatientes de la militante. De entre este pueblo glorificado, cada uno escogia á su arbitrio un padre, una amiga, un amigo, con objeto de caminar bajo su amparo con mas seguridad y

confianza hácia la eterna luz de los cielos. En ellos tenian clavado el pensamiento de una especial manera todos y cada uno, desde el papa y el rey hasta el mas infeliz artesano; santas amistades cuya fortificante y consoladora influencia se dejaba sentir en lo mas récio de los combates y en los trances mas duros y dolores de la vida. San Luis espirando por la cruz al otro lado de los mares, invoca con fervor á la humilde pastora, patrona de la capital de su reino: los héroes españoles acorralados por los moros ven á Santiago incorporarse en las filas cristianas; vision que vuelve el desaliento en brio, y la derrota en victoria. San Miguel y san Jorge son los modelos y abogados de los caballeros y nobles, y santas Catalina y Margarita, las señoras de sus piadosos pensamientos: si les acaece morir prisioneros y mártires por la fe, piensan en santa Inés, jóven doncella que tambien entregó su cuello al hacha del verdugo ¹. En los templos tiene el labrador las imágenes de san Isidro con su arado, y la criada ti-

¹ «Y entonces me persigné y me hiqué de rodillas al pié de uno de ellos que tenia una hacha danesa de carpintero, y dije: Así murió santa «Inés.» (Joinville).

rolesa santa Notburga con su falce: el pobre artesano, el hombre de trabajos ásperos y rudos, tropieza á cada paso con la colosal imágen de san Cristóbal, encorvado bajo el peso del niño Jesús, símbolo de las penalidades de la vida, labor ingrata cuya cosecha está en el cielo. Sobrepujaba á los demás pueblos la Alemania por su fertilidad en este género de creencias; cosa que aun hoy se concibe sin esfuerzo al ponerse á estudiar el primitivo espíritu tan ingenuo y puro de este pueblo, al ver en él la completa ausencia é ignorancia del sarcasmo y la risa burlona, muerte de toda poesía, y al sondar su lengua tan rica y tan expresiva. Fuera cosa de nunca acabar el ponerse á hacer una reseña de la multitud de vínculos de esta especie que enlazaban el cielo con la tierra, é interminable la tarea de penetrar en esa esfera vasta do se ven confundidas y enlazadas con celestiales protectores todas las afecciones y deberes de la vida mortal, esfera en la cual hasta las mas solitarias y abandonadas almas hallan todo un mundo de consuelos é intereses al abrigo de todos los desengaños de la tierra. Bella manera de ejercitarse ya en esta vida en el amor de los que en la otra

debemos amar eternamente; pues quien así ama, cuenta con encontrar al otro lado de la tumba á los Santos protectores de la cuna, las dulces amigas de la infancia, los fieles patronos de la vida entera: las generaciones de entonces no tenían sino un vasto amor que reunia las dos vidas del hombre, y que iniciado en el seno de las tempestades del tiempo, se prolongaba al través de la gloria de la eternidad.

Pero todas estas creencias y tiernas afecciones que del corazón de los hombres de aquel tiempo brotaban para saltar al cielo, venían á confluir y fijarse juntas sobre una imágen suprema. Todas estas piadosas tradiciones, locales unas, personales otras, se eclipsaban y confundían en las que el mundo entero repetía acerca de María. Reina de cielos y tierra, todas las frentes y corazones se inclinaban ante ella, así como todos los espíritus eran inspirados por su gloria: mientras el mundo se cubría de santuarios y catedrales levantadas en honor suyo, la imaginación de estas poéticas generaciones no cesaba de descubrir nuevas perfecciones y nuevas bellezas en el seno de esta belleza suprema. Cada día era portador de alguna

leyenda mas maravillosa que las anteriores, de alguna nueva gala ó adorno que la gratitud del mundo ofrecia á aquella por quien le habian sido franqueadas las puertas del cielo, que habia repoblado las angélicas huestes, y quitado á los hombres el derecho de quejarse del pecado de Eva; á la sierva humilde coronada por Dios con la diadema que Miguel arrancara á Lucifer al lanzarle al infierno ¹. «Menester es, en verdad, decian con deliciosa sencillez, que «acojas nuestras plegarias; ¡es tal la dicha «que tenemos en honrarte ²!» «¡Ah! exclama Walter, cantemos siempre á esta dulce Virgen á quien su Hijo no sabe negar «cosa alguna. Ved en ella nuestra consolacion suprema; en el cielo se cumple cuanto ella quiere y desea.» Llena de indestructible confianza en el objeto de amor tan grande, convencida de su maternal vigilancia, la cristiandad se encomendaba á ella en todos sus peligros y penas, y des-

¹ Expresiones del poema de la *Guerre de Warlboung* de la época del nacimiento de santa Isabel, y de otros de los siglos XII y XIII.

² Cántico en honor de María, que trae Hoffman, *Histoire des chants de l'Église en Allemagne*.

cansaba tranquila en esta esperanza, segun la hermosa imágen de un poeta contemporáneo de santa Isabel:

Duerme la cuitada,
La Señora no:
Jamás la Gloriosa
Su faz amorosa
Al sueño entregó.
Vela por el mundo
De noche y de día
La Virgen María;
Que si ella durmiera
Una hora siquiera,
Del mundo acabara
La máquina toda,
Rota por la culpa
De la humana gente,
Pasada y presente ¹.

En el sentir de estos siglos dotados de tal exuberancia de amor y de fe, el mundo habia sido inundado por dos rios; pues no so-

¹ Imitacion de la rima, y traduccion literal de un pasaje que aquí inserta el original, tomado de un poema del prior Gualtero de Coinsy, titulado: *Miracles de la Vierge*. Mss. de la bibl. Real.—El contenido de este pasaje viene á ser el pensamiento magnífico expresado por nuestro Donoso Cortés al hablar de la eficacia y necesidad de la oracion. El prior Gualtero se adelantó sobre quinientos años á nuestro desengañado y célebre publicista. (*Nota del Traductor*).

lo habia sido rescatado por la sangre de Jesús, sino que tambien quedara purificado por la leche de María; por aquella leche que fue el primer alimento de Dios en la tierra y cuyo dulzor le traia á la memoria el cielo ¹; el mundo habia menester de ambos, y, como dice un piadoso monje que escribió tambien la vida de santa Isabel, «todos tienen derecho á entrar en la familia de Jesucristo, cuando saben aprovecharse de la sangre de su Redentor y Padre, y de la leche de la sagrada Virgen su Madre; sí, de esa sangre adorable, aliento y fuerza de los Mártires que con ella se deleitaban en sus dolores: de esa leche virginal que endulza nuestras amarguras aplacando la cólera de Dios ².» Y es nece-

¹ *Salvatorem saeculorum, ipsum Regem angelorum, sola Virgo lactabat ubere de coelo pleno. (Oficio de los Maitines de la Circuncision).*

² Anterior de dos siglos á la piadosa exclamacion que acabo de citar, hay un cuadro en que consagró el mismo pensamiento uno de los pintores mas favorecidos por la inspiracion del arte cristiano, llamado Francesco Francia de Bolonia. Se ve en él á san Agustin de pié, teniendo á la derecha á María que ofrece el pecho á su divino Hijo, y á la izquierda á Jesús crucificado: en cada una de las manos correspondientes tiene un letrero que dice, el de la derecha, *Hic ab ubere lactor;*

sario añadir todavia que el entusiasmo de esta filial ternura no satisfacía por completo á estas almas tan piadosas para con la Virgen: érales necesario otro sentimiento aun mas tierno, si cabia, mas íntimo y alentador, el mas puro y dulce que fuera dado al hombre imaginar y concebir. Al cabo María ¿no fue una criatura mortal, una mujer que conoció todas las miserias de la vida, una mujer que tuvo que pasar por la calumnia, el destierro, el frio y el hambre? ¡Ah, pues siendo esto así, María era mas que madre; el pueblo cristiano veía y amaba tambien en ella á una hermana! Y por eso sin cesar la rogaba tomase en cuenta esta fraternidad tan gloriosa para la raza desterrada; y un gran Santo, el mas apasionado de sus siervos, no vacila en invocarla en estos términos: «¡Oh María! nosotros te suplicamos como Abrahan suplicaba á Sara en la tierra de Egipto... ¡Oh María, oh Sara nuestra! dí que eres nuestra hermana, á fin de que el Señor nos dispense sus bondades, y nuestras almas

el de la izquierda, *Hic à vulnere pascor;* y sobre la cabeza otro que dice, *Positus in medio, quo me veritar nescio: Dicam ergo: Iesus, Maria, miserere.* Se guarda este cuadro en la pinacoteca de Bolonia.

«vivan en Dios por tu gracia. Dílo, pues, «así, amadísima Sara nuestra, dí que eres «nuestra hermana; y en gracia de tal hermana los egipcios, esto es, los demonios, «tendrán miedo de nosotros; en gracia de «tal hermana vendrán los Ángeles á formarse en batalla á nuestro lado; y el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo tendrán «por tal hermana misericordia de nosotros ¹.»

Así es como amaban á María estos cristianos de aquel tiempo. Pero este amor, despues de abrazar al cielo y á su Madre con todos sus bienaventurados habitantes, volvía á bajar á la tierra para poblarla tambien y amarla á su vez. La tierra que les habia sido señalada por mansion, esta her-

¹ Obsecrare possumus Mariam sicut Abraham obsecravít Saram, dicens: Dic, obsecro, quod soror mea sis, ut bene mihi sit propter te, et vivet anima mea ob gratiam tui. O ergo Maria, ó Sara nostra, dic quod sis soror nostra, ut propter te bene nobis sit à Deo, et ob gratiam tui vivant animae nostrae in Deo. Dic, inquam, charissima Sara nostra, quod sis soror nostra, ut propter talem sororem Aegyptii, id est daemones, nos reveantur, ut etiam propter talem sororem angeli nobis in acie coniungantur, ut insuper propter talem sororem Pater et Filius et Spiritus Sanctus nostri misereantur. (San Buenaventura, *Speculum Mariae*, lect. IX).

mosa criatura de Dios, venia tambien á ser el objeto de su fecunda solicitud, de su admiracion ingénuá. Hombres que entonces se llamaban, y tal vez no sin razon, sábios, estudiaban la naturaleza con aquel escrupuloso cuidado propio de cristianos ocupados en el estudio de las obras de Dios; pero no se resolvian á convertirlas ó considerarlas como un cuerpo sin vida superior, antes bien en ellas buscaban, ante todo, relaciones misteriosas con los deberes y las creencias del hombre redimido por su Dios; viendo en las costumbres de los animales, en los fenómenos de las plantas, en el canto de las aves, en las virtudes de las piedras preciosas otros tantos simbolos de las verdades consagradas por la fe ¹. El mundo reconquistado á Dios por el Cristianismo no habia sido invadido todavía ni profanado por pedantescas nomenclaturas. Cuando en medio de la noche levantaba el pobre los

¹ El estudio de la naturaleza, bajo este punto de vista, estaba sumamente difundido en el siglo XIII, segun puede verse en el *Speculum naturale* de Vicente de Beauvais, y en la multitud de *Bestiarios*, *Volucrarios*, *Lapidarios*, que por este tiempo vieron la luz, tanto en prosa como en verso; y tambien imprime su sello en toda la poesia de esta época.

ojos al cielo, en lugar de la via láctea de Juno veía el camino que guiaba á sus hermanos en la peregrinacion de Compostela, ó el que seguían los bienaventurados para ir al cielo. Sobre todo las flores ofrecían un mundo poblado de encantadoras imágenes, un lenguaje mudo que expresaba los sentimientos mas tiernos y vivos. El vulgo y los doctos estaban de acuerdo para dar á estos dulces objetos de su atención cotidiana los nombres mas queridos al pueblo ya de los Apóstoles, ya de sus Santos favoritos, ya en fin de Santos cuya pureza é inocencia parecían reflejarse en la pura belleza de las flores. Tuvo también nuestra Isabel su flor, una flor humilde y escondida, como ella quiso serlo siempre ¹. Pero sobre todo María, esta flor de las flores, esta rosa sin espinas, este lirio sin mancha ², tenía dedicadas un sinnúmero de flores que, llevando su dulce nombre, eran tanto mas bellas

¹ En Alemania llaman *Elisabethsblumchen* ó *Florecita de Isabel* al *Cystus Helianthemum*.

² *Lilium sine macula, rosa sine spinis, flos florum*, expresiones de las antiguas liturgias de la Iglesia, mil veces reproducidas por los poetas de todos los países en los siglos XII y XIII. *Ovagamia rosa*, dice también san Alfonso Ligorio en sus *Canzone in onore di Maria santissima*.

y tanto mas estimadas por su pueblo. Á manera de reliquias esparcidas por doquiera y sin cesar renovadas, había diversas flores cuyos nombres estaban destinados á recordar las diferentes partes de que se componía el vestido que la Virgen llevaba durante su vida mortal. Los grandes sábios respetables de nuestros días han creído encomendar la plana á los hombres de aquel tiempo sustituyendo á estos recuerdos de María el recuerdo de Vénus ¹. La simpatía, al sentir de aquellas generaciones, debía

¹ Por ejemplo; la flor que en todas las lenguas de Europa se llamaba *Zapato de la Virgen*, ha recibido el nombre de *Cypripedium calceolus*. Citemos todavía otro rasgo notable del grosero materialismo que caracteriza estas nomenclaturas brutales. Todo el mundo conoce esa linda flor azul celeste «cuyos lóbulos redondeados se asemejan á una «guirnalda azul ciñendo una corona de oro» llamada por los alemanes *No me olvides*, por los franceses antiguamente *Cuanto mas te veo, mas te quiero*, y mas generalmente *Ojos de la Virgen*. El pedantismo moderno ha reemplazado todos estos dulces nombres con el de *Myosotis scorpioides*, ó en términos claros *Oreja de raton, cara de escorpion!* ¡Y esto se llama progreso de las ciencias! Véase el excelente ensayo de Mr. Carlos Nodier sobre las *Lenguas de convencion* en sus *Nociones de Lingüística*.

ser recíproca; la tierra debía mostrarse reconocida por verse asociada de esta suerte á la Religión del hombre. Así es que en la noche de Natividad iban las gentes á noticiar á los árboles que Jesús iba á venir al mundo: *Aperiatur terra, et germinet Salvatorem* ¹. Pero en recompensa la tierra estaba obligada á producir rosas y anémonas en aquellos parajes en que se derramaba sangre humana; lirios donde caían lágrimas. Cuando moría una santa, todas las flores del contorno debían marchitarse á un tiempo, ó inclinarse haciendo la reverencia cuando pasaba su ataud ². De este modo no causa admiración la ardiente fraternidad que unía á san Francisco con toda la naturaleza, así animada como inanimada; sentimiento que arrancaba de su corazón gritos tan admirables y quejumbrosos. Todos los Cristianos estaban entonces animados mas ó menos de esta especie de afecto; pues la tierra, hoy tan despoblada y estéril para el alma, se hallaba entonces impregnada de una inmortal belleza. Los pájaros y las plantas, en fin, todo cuanto el hombre hallaba á su paso quedaba marca-

¹ Así se practica todavía en el Holstein.

² Leyenda de santa Juana de Portugal.

do por él con el sello de su fe y de su esperanza. Vasto reino de amor y también de ciencia, puesto que todo tenía su razón, y su razón en la fe; así como los miembros de san Francisco quedaron marcados con las sagradas cicatrices impresas por los rayos abrasadores derivados de las llagas de Cristo, del propio modo los rayos lanzados del corazón de la raza cristiana, del hombre sencillo y fiel, habían impreso en cada una de las partículas de la naturaleza el recuerdo del cielo, la huella de Cristo, el sello del amor.

Sí; por espacio de doce siglos ha sido la tierra un inmenso libro donde cincuenta generaciones han escrito sus creencias, sus emociones, sus embelesamientos con una ternura y paciencia infinitas: no solamente había en este libro una página para cada misterio de la fe, cada triunfo de la Cruz, sino que también cada flor, cada fruto, cada animal figuraban en él sucesivamente. Así como los antiguos misales y los antifonarios de las viejas catedrales ¹ adornados con aquellas preciosas y brillantes pinturas en que la inspiración fervorosa y pro-

¹ Por ejemplo en la biblioteca de la catedral de Siena, en San Lorenzo de Nuremberg, etc.

funda á la vez retrataba al vivo las grandes escenas de la vida de Cristo y de los Santos, ostentaba el metafórico libro el texto de las leyes de Dios y de su divina palabra encuadrado por todas las bellezas naturales, y el concierto universal de los seres animados reunidos para cantar las alabanzas del Señor acompañados por Angeles que con este objeto salian del cáliz de las flores. Esta era la *Leyenda*, la lectura de los pobres y gente sencilla, el Evangelio engalanado, ilustrado, como se dice hoy, para su uso, la *Biblia pauperum!* Sus ojos inocentes leian allí millares de bellezas, cuyo sentido está hoy para siempre perdido; descubrian el cielo y la tierra poblados de dulcísima ciencia: generaciones dichosas que podian en verdad cantar con sincero acento: *Pleni sunt coeli et terra gloria tua!*

¿Quién es capaz de calcular hasta qué punto se ha empobrecido la vida desde aquellos tiempos acá? ¿Quién se ocupa hoy en pensar en la imaginacion de los pobres, en el corazon de los ignorantes?

Sí; el mundo se hallaba entonces envuelto por la fe como por un benéfico velo que ocultaba las llagas de la tierra y transparentaba los resplandores del cielo. Hoy

sucede al revés: todo en la tierra está desnudo, y todo oculto en el cielo.

Para engalanar el mundo con esta conso-ladora vestidura, era menester la completa y absoluta union de los dos principios tan maravillosamente combinados y unidos en Isabel y su siglo; la simplicidad y la fe. Hoy, segun saben y confiesan todos, ambas cosas han desaparecido de la sociedad en masa: pero sobre todo la primera, la sencillez, ha sido extirpada de raíz, no solo de la vida pública, sino tambien de la poesía, de la vida privada y doméstica, del escaso número de asilos donde aun se conserva la otra. Harto hábil y astuta ha andado la ciencia atea y la filosofía irreligiosa de los siglos modernos al divorciar estas dos cosas antes de condenarlas á muerte. Cuando la deliciosa y santa alianza que las unia quedó rota, estas hermanas celestiales se vieron reducidas á darse los postreros abrazos en el fondo de algunas almas ignoradas, y en algunas poblaciones olvidadas y dispersas; y luego marcharon á morir cada una por su lado.

Mas apresurémonos á decir que esta muerte no ha sido sino aparente, ó mas bien no ha sido sino un destierro. En el se-

no de la Iglesia inmortal han conservado la cuna de donde salieron para poblar y embellecer el mundo: todo hombre que quiera puede volver á encontrarlas allí, é igualmente recoger en el camino por ellas recorrido los restos inmortales que por él dejaron esparcidos, y que no ha sido posible reducir á la nada. Tan grande es su número, tan deslumbrante su hermosura, que casi está uno tentado á creer haber sido de intento permission divina el que por un momento cayeran en el olvido todos los encantos exteriores del Catolicismo, con el fin de que los que permanecieron fieles y les tocó pasar por las pruebas de los tiempos modernos, tuvieran la inefable dicha de descubrir estas reliquias y revelarlas nuevamente al mundo.

En ellas tienen la poesía y la historia un mundo entero que reconquistar; y la misma piedad inmensos tesoros tambien. En vano me dirán que ando revolviendo cenizas enfriadas para siempre, y removiendo ruinas irreparables de todo punto: así seria si se tratara de instituciones humanas, pero no de los objetos de mis estudios, á lo menos segun la fe de los católicos; pues, si es una verdad que la Iglesia nunca muere, impo-

sible será igualmente que para siempre muera ninguna de cuantas cosas llegó á tocar una vez con sus manos, ó á inspirar con su aliento. Donde quiera que deposita un gérmen de su propio principio, ó un rayo de la invariable y permanente belleza que recibió con la vida, allí hay un porvenir asegurado: desde entonces poco importa que los tiempos amontonen tempestades, y los inviernos montañas de nieve; siempre se está á tiempo de desenterrar la raíz, limpiarla el polvo de modernas novedades, desembarazarla de facticias ligaduras, trasplantarla á cualquier tierra buena para devolver á la flor el perfume y la frescura de los días primitivos.

Tendria un verdadero sentimiento en que, á consecuencia de las ideas que acabo de exponer, se creyera que soy entusiasta ciego de la edad media; que todo en ella me parece admirable, digno de envidia, exento de censura; y que en el siglo en que me tocó vivir, las naciones ya no tienen cura como la tuvieron en los tiempos antiguos¹. Léjos de mí el pensamiento de consumirme en estériles votos y deseos, y perder la vista á fuerza de verter lágrimas so-

¹ Sanabiles fecit nationes terrae. (*Sap.* i. 14).